

fariseos que no iban á misa, que no asistían á los sermones ni á las procesiones, que se ocupaban en intereses temporales y vivían según la carne en lugar de servir á Dios; otros, decían, van á la iglesia; mas es para conversar, reír, bromear, decir cosas deshonestas ó dormir (1). El concilio de París de 1429 repitió las mismas quejas (2). El ejemplo de los clérigos debía contagiar á los fieles que estaban aún adheridos á su fe. Las iglesias estaban desiertas: el sacerdote está solo en los maitines y en las vísperas, dice *Clemangis*. Las prácticas religiosas se convirtieron en objeto de befa para los indiferentes (3); y como la religión se confundía con estas prácticas, no se vió ya en ella más que una superstición buena para los simples. Familias había ya en el siglo XV en que sólo las mujeres practicaban (4). La indiferencia general se manifestó por un hecho todavía más escandaloso: los cristianos cambiaban de religión según su interés (5); que no era ciertamente la convicción lo que movía á los discípulos del Cristo á abrazar la fe de Buddha ó de Mahoma; era la indiferencia llevada hasta la incredulidad.

§ III.—La incredulidad.

La indiferencia no es todavía incredulidad: el indiferente no niega las verdades de la religión, se contenta con no cumplir los deberes que prescribe; pero, como no tienen convicción, se ve con frecuencia á los que durante su vida se han dispensado de las prácticas religiosas volver al seno de la Iglesia ántes de morir, no por persuasión, sino por cálculo ó por temor. El incrédulo va más allá: combate los dogmas religiosos; y aunque puede volver á la fe por una súbita conversión, si persiste en su oposición, llega al escepticismo absoluto, á ménos de que la necesidad de creer no lo conduzca á creencias que la razón pueda aceptar. No parece por esto que pudiera esperarse que la incre-

(1) BERNHARDI BAPTISATI *Invectiva* (VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. I, p. 885).

(2) *Concilio de Paris*, de 1429, c. 2, 4 (MANSI, t. XXVIII, página 1097).

(3) *Concilio de Reims*, de 1438 (MANSI, t. XXV, p. 1072).

(4) La madre del místico alemán HENRI SUSSO no fué á misa durante treinta años por temor á su marido (ULLMANN, *Reformatoren von der Reformation*, t. II, p. 206).

(5) ANDREAE EPISCOPI MEGARENSIS *Gubernaculum Conciliorum* (VON DER HARDT, *Concil. Constant.*, t. IV, p. 180): «Aberunt alius in legem Tartaricam, alius in Muhammedicam, alius in legem idolatricam, alius in legem judaicam, et dereliquerunt Dominum Jesum et recesserunt a Deo.»

dulidad existiese más que en las clases que tenían el vagar y los medios necesarios para desarrollar su inteligencia; pero la incredulidad es contagiosa; cuando ha inficionado las clases superiores, es raro que no descienda á las otras capas de la sociedad. Esto es lo que sucedió en la Edad Media, y vamos á ver que la incredulidad se apoderó hasta del clero.

Un emperador fué el heresiarca de la secta de los incrédulos; y no es que fuera Federico II el primero que desertara de la fe cristiana, pero la apostasia del vicario temporal de Jesucristo causó tal asombro y horror en los contemporáneos, que se le hizo el tipo de la incredulidad, cuyo sello marcó la tradición sobre su frente, á la par que se acumulaban todos los insultos que se permitían los enemigos del Cristo. Se le imputó la blasfemia de los *Tres Impostores*, y Gregorio IX le reprochó el negar la encarnación: «Osó afirmar, dice el papa, que son tontos los que creen que nació Dios de una Virgen, no pudiendo nadie nacer sino del comercio carnal del hombre y de la mujer.» La eucaristía se prestaba á burlas profanas: «¿Qué es un Dios que crece en los campos de trigo?» Y, sin embargo, este *Dios-pan* era el más sólido fundamento de la dominación del clero; el emperador indignado exclamaba al ver pasar el Santo Sacramento: «¿Hasta cuándo durará esta perniciosa farsa?» Si hemos de creer á Gregorio IX, la incredulidad de Federico II era sistemática: decía que «no se debe creer sino lo que está en armonía con la razón y con la naturaleza de las cosas.» (1). Este es el principio del racionalismo, el enemigo más peligroso de las religiones reveladas. Los racionalistas no tienen que avergonzarse de su jefe. Un antiguo cronista dice que no le faltaba á Federico, para ser sin igual en el mundo, más que el ser católico (2); un historiador moderno añade que habría pasado por un héroe entre los antiguos, porque no le habrían reprochado su incredulidad (3).

Siendo incrédulo el emperador, la incredulidad debía apoderarse bien pronto de los grandes que lo rodeaban. Los Gibelinos eran enemigos natos de la Iglesia, y con esto dicho se está que se hallaban

(1) MANSI, t. XXIII, p. 87.—Comp. la carta sexta de estos *Estudios*.

(2) El fraile SALIMBENE dice en su Crónica, p. 354: «Si bene fuisset catholicus, paucos habuisset in imperio suo pares in mundo.»

(3) DENINA, *Delle rivoluzioni d'Italia*.

en la pendiente de la oposición religiosa: se les acusaba de «no tener fe en Dios ni en el Evangelio, de no creer en la otra vida y de decir que nada queda del hombre después de su muerte.» (1). Los jefes más ilustres del partido imperialista pasaban por hombres sin religión. Creemos sin dificultad que *Eccelino* era un impío de la peor especie: la falta absoluta de toda creencia explica su vida manchada de crueldades sin nombre (2). *Pallavicini* decía públicamente que no creía nada de la religión cristiana (3), y entre los *Visconti* era la incredulidad una virtud de familia (4).

Participaban de la incredulidad de los Gibelinos de Italia cuantos en la guerra secular del sacerdocio y el imperio ó en la lucha de la Iglesia y el Estado defendían la soberanía laica contra las usurpaciones del clero. Un cronista acusa á los barones de Inglaterra de no creer en Dios, de negar la encarnación y la resurrección y de llevar la impiedad hasta decir que la muerte pone fin al destino del hombre como al del bruto (5). En una obra literaria que pertenece por su popularidad á todas las naciones se halla una pintura de los sentimientos de las clases elevadas; y grande debe ser la sorpresa de los que, imbuidos de la ilusión de los católicos respecto de los tiempos feudales, echen una ojeada sobre el *Romance de la Zorra*, porque no encontrarán ni rastro de espíritu religioso. La tendencia general del poema es burlesca, como la de la literatura del siglo XVIII; el poeta de la Edad Media parodia y ridiculiza la religión á la manera de *Voltaire*. Entremos en algunos detalles, para que se vea cuál fué la osadía de un contemporáneo de las cruzadas.

No dedicaremos sino breves palabras á la oposición del poeta contra la Iglesia y contra el papado; estas sátiras son muy comunes en la Edad Media. La forma más antigua de la fábula de *la Zorra*, la epopeya latina, que data de mediados del siglo XII, hablaba ya en términos muy irreverentes

(1) Son las palabras del trovador HUGO DE S. CYR (MILLOT, *Troubadours*, t. II, p. 182).

(2) ROLANDINUS, VI, 5 (MURATORI, *Scriptores*, t. VIII, p. 257).—MONACHI PADUANI *Chronica*, lib. II (URBISTIUS, *Historia Germanica*, t. I, p. 600).

(3) *Annales Mediolanens.*, c. XXXI (MURATORI, t. XVI, p. 662).

(4) Los inquisidores que condenaron á Mateo Visconti dicen que la incredulidad estaba en su sangre: «Pestiferam labem, transductam in ipsum a progenitoribus suis...» (MANSI, t. XXV, página 639).

(5) WALSHINGHAM, *Historia Anglie* (*Rerum Anglicarum Scriptores*, p. 256).

de la ambición del soberano pontífice y de su codicia disfrazada bajo el santo pretexto de la salvación de las almas; era un preludio del *Tartufe* (1). En la epopeya francesa, la sátira se cambia en invectiva: la Iglesia, á creer al poeta, es un receptáculo de vicios, y el papa ocupa con sus cardenales el primer puesto en este reino verdaderamente satánico. El autor hace la descripción de una nave alegórica en cuya composición entran todos los pecados: «El fondo es de mal pensamiento, guarnecido de traición, claveteado de villanía y fuertemente sostenido con la deshonra. El mástil es de fullería, el áncora es de malicia y de perfidia; la proa está forjada de felonía, de crueldad y de falsedad; la nave está cubierta de una capa gris, tejido de hipocresía, de pereza y de mala vida.» ¿Quién gobierna y tripula este buque, símbolo del mal? Tiene por almirantes al papa y á los cardenales, y por tripulación sacerdotes y monjes de toda clase (1). ¡Bella misión para el vicario de Dios y los elegidos del Señor! El ataque es tan audaz, que cuesta trabajo comprender que no castigara la Iglesia al temerario que la arrastraba por el cieno; pero el autor tuvo buen cuidado de ocultar su nombre; el *Romance de la Zorra* era la obra de todo el mundo y de nadie. Además, en el siglo XIII, el poder de la Iglesia, por inmenso que hoy nos parezca, estaba ya en su decadencia; sus rayos habían ya perdido la fuerza, y el poeta se mofa de ellos abiertamente. *La Zorra* es excomulgada. ¿Qué animal desempeña el papel de excomulgador? El *asno*, transformado en *arcipreste*. La escena de la excomunión parodia las terribles solemnidades que presidían á la justicia eclesiástica. ¿Se quiere saber la impresión que la sentencia produce en el culpable? Citarémos las palabras textuales del poema, para que no se nos acuse de exageración: «La Zorra, mofándose, exclama: ¿Qué va á ser de mí, excomulgada? No podré ya comer pan si no tengo hambre ó apetito, y mi olla no podrá hervir mientras no sienta el fuego.» (3). No sería más festivo ni más incrédulo un filósofo del siglo XVIII. *La Zorra* cuenta en otro pasaje que estuvo excomulgada durante nueve años: pero no es esto; dice, un gran pecado, porque nunca se condenará mi

(1) *Reinaldus Fulpes*, ed. Mone, lib. IV, v. 1215-1250.

(2) *Le Roman du Renart*, t. IV, p. 280-283, ed. de Méon.

(3) *Le Roman du Renart*, t. IV, p. 376 y siguientes.

alma por una excomunión (1). Hé aquí la negación más radical del poder de la Iglesia; y negar la Iglesia, que se confunde con la religión, ¿no es negar la religión misma?

Pasemos al dogma. El catolicismo de la Edad Media se concentra en las cosas exteriores, y especialmente en los sacramentos. Ahora bien, no hay un sacramento que no esté parodiado en el *Romance de la Zorra*. Lavándonos del pecado original, el bautismo nos salva de los fuegos del infierno: ¿qué es el bautismo para el poeta? El gorrion se lamenta á la *Zorra* de que sus polluelos están enfermos de gota; la *Zorra*, que es un famoso médico, le aconseja que los haga bautizar: "Tan luego como sean cristianos, dice, serán curados;" ella misma se encarga de la augusta ceremonia; y á guisa de bautismo, se los traga (2). Sabido es que el bautismo no impide nuevos pecados, pero el creyente tiene un medio fácil de hacérselos perdonar, la confesión. La *Zorra* confiesa sus faltas, la lista es larga y escandalosa, y, como la mayor parte de los que se prosternan ante los sacerdotes, no tiene el deseo de corregirse; pero, más franca que los hombres, confiesa resueltamente que no siente sus pecados y casi se gloria de ellos, lo cual no impide que obtenga la absolución (3). La misa fué ya parodiada como la confesión en la epopeya latina (4), y con mucha más audacia en el poema galo: el *Evangelio secundum el Gorpil Renart*, que es una profanación de las cosas santas, como no se la permitían en el siglo XVIII; el pensamiento y el lenguaje son tan indecentes, que apenas se podrían citar dos versos seguidos. Después de este desfreno de la impiedad, ¿qué quedaba por manchar? ¿La oración? La *Zorra* no deja de orar ántes de acostarse, como todo buen cristiano; pero ¿qué pide á Dios? "Se encomienda á los doce apóstoles y dice doce *pater-noster*, para que Dios cure á todos los ladrones, á todos los traidores, á todos los felones y á todos los libertinos," (5). En todo, hasta en la vida futura y en los goces del paraíso, es increíble la *Zorra* (6).

Si el *Romance de la Zorra* hubiera sido una

- (1) *Le Roman du Renart*, t. III, p. 304, v. 28142-28146.
- (2) *Le Roman du Renart*, t. III, p. 197-199.
- (3) *Le Roman du Renart*, t. III, p. 336 y sig.; 257 y sig.—Comp. In., p. 291 y sig. la fábula de la *Zorra* que se come á su confesor.
- (4) *Reinaldus Fulpes*, p. 271-275.
- (5) *Le Roman du Renart*, t. III, p. 300.
- (6) *Le Roman du Renart*, t. I, p. 191 y siguientes.

obra aislada y sin resonancia, tendría poca importancia para nosotros; pero sabido es que no ha habido nunca un poema más popular. Hacia las delicias de los monjes; *Gautier de Coinsi*, prior á principios del siglo XIII, les reprocha el que prefirieran para adornar sus celdas las escenas de la *Zorra* á la imagen de *Nuestra Señora* (1). Hay más: clérigos eran los que escribieron el poema (2), y elegidos del Señor fueron los que entregaron á la befa los misterios más sagrados de su religión. Este tono burlesco, señal indudable de incredulidad, domina en toda la literatura ligera; los cuentos (*fabliaux*) son tan impíos como el *Romance de la Zorra*. *Villemain* dice que la impiedad no era más que aparente, que había mucho candor y fe en los espíritus, á pesar de la libertad del lenguaje (3); pero creemos más bien con *Condorcet* que es la libertad de pensar lo que respira en esos cuentos, libertad con frecuencia llevada hasta la licencia (4). Si sólo se hubiera atacado al clero, si los poetas se hubieran limitado á burlarse de los monjes, se podría creer que no eran más que genialidades del espíritu galo; pero no se contentaban con ridiculizar á los buenos frailes, la emprendían con el vicario de Cristo y preludiaban la Reforma, representando al papa como una de las cuatro bestias del Apocalipsis (5). Ridiculizan los rayos de la Iglesia, como la *Zorra*: en la batalla de los vinos, un sacerdote inglés excomulga los malos vinos y da á los mejores el nombre de papa y de cardenal (6). Ni tenían más respeto á los sacramentos que los poetas de la *Zorra*. La confesión era uno de sus temas favoritos, y no hablaban de ella ciertamente con espíritu de piedad. Para colmo de escándalo, la mayor parte de estos cuentos estaban escritos por clérigos (7). No hay una oración de la Iglesia que no esté parodiada por los poetas que *Villemain* representa como sinceros creyentes: el

- (1) *Le Roman du Renart*, t. I, Préface, p. v.
- (2) GRIMM (*Reinhart Fuchs*, p. LXXVIII-LXXXVIII) conjetura que el poema latino es la obra de un benedictino de Gante. Entre los autores del poema francés se cuenta un cura de la Croix en Brié (*Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 908).
- (3) VILLEMMAIN, *Cours de littérature française au moyen-âge*, lección IX.
- (4) CONDORCET, *Tableau des progrès de l'esprit humain*, página 169.
- (5) GAUTIER MAPES, en su *Apocalipsis*.—Comp. la *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 160.
- (6) LEBRAND D'AUSSY, *Fabliaux*, t. I, p. 35 (edic. de Renouard).
- (7) Véase la *Confession de Gollas* del canónigo GAUTIER MAPES, Poems, p. 71.—*Histoire littéraire de la France*, t. XXII, página 158.—Hay un gran número de estas parodias en latín y en alemán (GRIMM, *Reinhart Fuchs*, p. 392-409).

Pater, el *Credo*, la *Misa* misma se trovan en canciones báquicas, formando temas predilectos de la poesía de la Edad Media: hasta nosotros han llegado el *Pater-noster del usurero*, el *Pater-noster de los vinos*, el *Pater-noster del amor*, el *Credo del Bribon* (1).

No fué Francia el único país donde la incredulidad se dió á luz en la poesía. Méenos fe había aún en Italia, cuyos poetas revelan, desde el siglo XIV, tal osadía, que se los ha comparado con los filósofos del siglo pasado (2). Equiparando *Boccaccio* las tres religiones de Moisés, de Jesucristo y de Mahoma, atestiguaba suficientemente que no era ya cristiano; y si no calificaba de impostura la revelación, no se reprimía para decir que los sacerdotes eran unos bribones, añadiendo, como Voltaire, que es en nuestra credulidad donde reside todo su prestigio (3). El malicioso escritor se complace en revelar las prácticas del clero en la fabricación de los milagros y de las reliquias. Merece leerse en *Boccaccio* la historia de un mojigato italiano á quien, después de una vida licenciada, se le antoja morir como santo varón: engaña á un sacerdote con una confesión de novicio, casi se acusa de haber matado una pulga con excesiva ira, miente hasta en la agonía, es canonizado después de su muerte, y hace, dice el poeta, tantos milagros como cualquiera otro santo (4). Uno de los cuentos más graciosos del *Decameron* es el de las reliquias del ángel Gabriel: se trata de una pluma de papagayo que un monje impudente hacía pasar por una pluma que el arcángel se había dejado en la estancia de la Virgen cuando le anunció su concepción; un chusco sustrae la pluma, poniendo en su lugar unos carbonos para desconcertar al fraile; pero éste, con una admirable presencia de espíritu, trasforma los carbonos en reliquias y hace con ella una lucrativa cuestacion (5). En el siglo XV, la burla de las cosas santas fué, por decirlo así, el asunto principal de una de las obras más estimadas de la literatura italiana. Puede compararse el *Morgante Maggiore* de Pulci con la *Pucelle* de Voltaire: la profanación de las cosas santas es la misma, el es-

píritu general es peor, porque el filósofo francés conserva la fe en Dios y en la humanidad, mientras el poeta italiano no tiene ninguna creencia. Comienza cada canto con una invocación piadosa; pero cuanto más santa es la invocación, más culpable resulta al compararla con el asunto profano ó impío puesto bajo su autoridad. El primer canto se abre con el primer versículo del Evangelio de San Juan sobre el Verbo; en el segundo invoca el poeta á *Júpiter crucificado*; el cuarto parodia el *Gloria in Excelsis*, en versos mitad italianos, mitad latinos; otro, la *Oración dominical*, y por último, llega su vez á la Santa Virgen. El bautismo se presenta con tanta frecuencia y en circunstancias tan poco edificantes, que es fuerza creer que el poeta quiere ridiculizarlo. En el canto XVIII pregunta *Morgante* á un gigante si cree en Jesucristo ó en Mahoma, y la respuesta burlesca del poeta prueba que no creía más en el uno que en el otro. La inquisición no se equivocó al condenar tales poesías (1).

Uno de los más ilustres doctores del siglo XV nos dirá cuál era en esta época el estado de las creencias religiosas en las clases superiores. *Gerson* se quejaba amargamente de que había muchas personas cristianas de nombre y en realidad incrédulas: los letrados especialmente se mofaban de la Iglesia y de sus dogmas (2); no cesaban de burlarse de los demonios que jugaban tan gran papel en la religión práctica; y el célebre canciller observa con razón que tratar de fábula los demonios es una impiedad condenada por la Sagrada Escritura (3). La incredulidad no podía detenerse en las creencias supersticiosas, pues que la superstición y la religión eran una sola y misma cosa. *Gerson* dice que las gentes de mundo osaban combatir el dogma terrible de la predestinación; unos por curiosidad, otros por irrisión, preguntaban por qué reservaba Dios su gracia para algunos elegidos en vez de salvar á todos los hombres (4). Había quienes no querían creer sino en lo que

- (1) RUTH, *Geschichte der italiänischen Dichtkunst*, t. II, p. 124.
- (2) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 130): «Hinc fit ut simplices, et plerumque literis secularibus inflati, a pestiferis erroribus capiuntur, seducantur, obruantur. Quot putas hanc ob causam hæreticos esse, de his qui specietenus in Ecclesia conversantur? Hoc resco memorans, hoc vita monstrat, voces hoc sacrilege indicant, quas inter vina, epulas et convivia impudenter evomunt.»
- (3) GERSON, Op., t. I, p. 211.
- (4) GERSON, *Sermon frances* (Op., t. III, p. 1585).

- (1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 142, 143, 154.—JUBINAL, *Trouvères*, p. 69.—BARBAZAN, *Contes*, t. IV, p. 99, 411 y 445.
- (2) RUTH, *Geschichte der italiänischen Poesie*, t. II, p. 146.
- (3) BOCCACCIO, *Decameron*, III, 3.
- (4) VILLEMMAIN, *Cours de littérature française au moyen-âge*.
- (5) BOCCACCIO, *Decameron*, VI, 10.

velan, diciendo: "¿Quién ha visto el infierno, el purgatorio y el paraíso? ¿Ha yuelto alguno de allá?," Esto era negar la fe, pues que la fe tiene por objeto las cosas invisibles: así nada se escapaba de la burla de aquellos espíritus atrevidos (1). Y todavía revela Gerson un hecho más extraño: la incredulidad invadía al clero; los prelados se mofaban de la teología. El mal era tan grande que propuso el canciller se estableciera un inquisidor de la fe para reprimirlo (2).

Puede sorprender á primera vista la incredulidad de los que eran guardianes de la fe; pero se explica fácilmente. Decía Ciceron que no podían mirarse dos augures sin reirse; y aunque no pongamos el cristianismo al nivel del paganismo, hay en la religion cristiana tantas creencias que repugnan á la razon, y habia, sobre todo en la Edad Media, tantas supersticiones, y eran tan manifestamente explotadas por el clero, que la incredulidad debía apoderarse de los clérigos como se habia apoderado de los augures. Los que fabricaban los milagros, ¿podían creer en ellos? Y si no los creían, ¿podían creer en una revelacion que en los milagros se fundaba? Compréndese, pues, que desde el siglo XIII se dirigieran acusaciones contra el jefe mismo de la cristiandad. En una informacion practicada en 1310 por el papa Clemente sobre la memoria de Bonifacio VIII, hubo sacerdotes que depusieron haber oido á Benito Cayetano, cuando era cardenal, discutir con un clérigo, en presencia de muchas personas, cuál era la ley mejor, si la de los cristianos, la de los Judios ó la de los Sarracenos, y que el cardenal acabó por exclamar: "¡Bah! ¿Qué son todas estas religiones? ¡Invenciones de los hombres! No hay que tomar á pecho más que las cosas de este mundo, pues que no hay otra vida que la presente." Un abad declaró que el cardenal Cayetano habia dicho: "Que el pan no se transformaba en el sacramento de la eucaristía, que era falso que el cuerpo de Jesucristo estuviera allí presente, que no habia ni resurreccion ni vida futura, y que esta era la opinion de todos los hombres instruidos, no habiendo más que ignorantes y simples que pensaran de otro modo." Aun en presencia de laicos, el cardenal Cayetano, hecho papa, se mofaba de la divinidad del Cristo y

(1) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 1569-1596).

(2) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 1301).—Id., *Epist.* (Op., t. I, página 124).

trataba de tontos á los que creían en el paraíso y en el infierno (1).

¿Se dirá que estas acusaciones son calumnias dictadas por el odio? En el siglo XV se reprodujeron, en pleno concilio, las mismas imputaciones contra Juan XXIII; se le reprochó el negar la inmortalidad del alma y el vivir como un pagano (2). ¿Se dirá todavía que esto es una calumnia? Es lo cierto que desde el siglo XIII, Roma, la guardiana de la fe, ejercía una funesta influencia sobre la fe: "El que va buen cristiano á la corte pontificia, dice Rutebeuf, vuelve de ella falso fariseo" (3). De ahí el proverbio alemán: *cuanto más cerca se está de Roma, se es más impío* (4). Abundan los testimonios de la incredulidad del alto clero. En el siglo XIV, Petrarca, que era clérigo y vivía en la intimidad de los grandes eclesiásticos, dice que en la corte del papa se trataba de vana fábula la esperanza de una vida futura y de necesidad la resurreccion y el juicio final (5). Á medida que se iba acercando la Reforma, la incredulidad iba creciendo: Jerónimo Savonarola, el ferviente predicador de Florencia, afirma que corría la opinion de que cardenales y obispos negaban á Dios y se mofaban de la fe cristiana (6); y Pico de la Mirandola habla de un papa que no creía en la inmortalidad del alma y de otro que no creía en Dios (7). ¿Se quiere una prueba, dice Maquiavelo, de la decadencia de la fe cristiana? Pues no hay más que considerar que los pueblos que están más cerca de la Iglesia de Roma son los que tienen menos religion (8).

Hemos visto testimonios de Italianos cuya mayor parte eran sinceramente creyentes. Más interesante es todavía ver la impresion que produjo Roma en los extranjeros que la visitaron con un propósito de ciencia ó de piedad. Erasmo oyó en ella blasfemias horribles sobre el Cristo y sus apóstoles; sacerdotes, empleados de la corte pontificia, mostraban su impiedad hasta en la celebracion de

(1) DU PUY, *Différend de Philippe le Bel et de Boniface VIII*, página 544-548, 550-551.

(2) VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. IV, p. 197, 208, 230 y siguientes.

(3) RUTEBEUF, *Œuvres*, t. II, p. 73.

(4) *Je nâier Rom, desto böser Christ* (FLACII ILLYRICI poemata, página 417; *Testium Feritatis*, p. 1912).

(5) PETRARCH, *Epist. sine titulo*, XXV (Op., p. 729).

(6) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 153, nota e, p. 470.

(7) PICO DE FETE (Op., t. II, p. 177).

(8) MACHIAVELLI, *Discorsi*, t. 12.

la misa (1). Hutten, el libre pensador, se espantó de la incredulidad romana: en su famosa *Trinidad* dice que hay tres cosas que Roma no cree, la resurreccion de los muertos, el infierno y la inmortalidad del alma; y añade que allí consiste la religion en el amor al dinero (2). Lutero vió la capital del mundo católico en una época en que conservaba todavía la integridad de su fe en la Iglesia. ¿Qué desencanto para el cándido monje de Sajonia! Á punto estuvo de ser apaleado por unos religiosos benedictinos á quienes les habia reprochado que comieran carne el viérnes; él mismo oyó en Roma los dichos sacrilegos de que habla Erasmo; y mientras oficiaba la misa con unción y gravedad, los clérigos italianos le decían: "Acaba de despatchar al Hijo con su Madre" (3). ¿Cómo extrañar que más tarde tratara el reformador á Roma de prostituta?

Aun cuando no tuviéramos estos testimonios positivos de la incredulidad de los papas y de los grandes dignatarios de la Iglesia, bastaría su vida para revelar sus creencias. La oposicion entre la fe y las costumbres, dice Commynes, prueba que la fe es nula (4). Esta sentencia del profundo observador se aplica literalmente á la mayor parte del siglo XV y principios del XVI: vivían de manera, dice un distinguido teólogo contemporáneo, que era fácil conocer que no creían en la resurreccion, ni en el juicio final, ni siquiera en la otra vida (5). Un Médicis fué asesinado en una iglesia, y en el momento de alzar la hostia, por instigacion de un papa y con la complicidad de un cardenal, de un arzobispo y de un sacerdote; Voltaire se pregunta si tales gentes creían en la presencia real, si les quedaba siquiera una sombra de fe: "¿Con qué cara se atrevía un Alejandro VI, horror de la tierra, á llamarse el vicario de Dios?" (6).

(1) ERASM *Epist.* (Op., t. III, 2, p. 1382): «Ibidem multos novi qui commemorabant, se dicta horrenda audisse a quibusdam sacerdotibus aule pontificie ministris, idque in ipsa Missa, tam clare, ut ea vox ad multorum aures pervenerit.»

(2) HUTTEN, *Trias Romana*: «Religionem ibi quis unius pilli facit? aut aliud Romæ studium, præter pecunie illud, quis curat?... Valde dubitem an centesimus quisque Romanensium vel mediocriter pie de religione sentiat... De pœnis inferorum vel verbum dicere inter præclaros hos Quirites, pro anili est fabula» (Op., t. III, p. 443, 495, 496).

(3) MERLE D'ARBIGNI, *Histoire de la Réformation*, t. 1, p. 244, 248-250.

(4) «Si tuvieran firme fe y creyesen lo que Dios y la Iglesia nos mandan, so pena de condenacion, conociendo cuán breves son los días y cuán horribles y sin fin ni remision para los condenados las penas del infierno, no harían lo que hacen.»

(5) PANORMITANUS ABBAS, en FLACIUS, *Test. Feritatis*, p. 1889.

(6) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, c. CV y CXXVIII.

Cuando los papas eran incrédulos y se manifestaba públicamente su falta de fe en una vida de disolucion y de crímenes, ¿cómo habia de ser creyente el rebaño? "Nosotros los Italianos, dice Maquiavelo, tenemos para con la Iglesia y los sacerdotes la obligacion de habernos hecho impíos y malvados" (1). Aunque menor en los demas países de la cristiandad, la incredulidad hacia en todas partes grandes estragos. Erasmo dice que la mayor parte de los cristianos eran peores que los Turcos: "¿Cuántos hay entre nosotros, exclama, que no creen en la resurreccion ni en la inmortalidad del alma! Los Turcos creen en ella y están más cerca del cristianismo que los pretendidos fieles." En otro pasaje afirma que hay miriadas de cristianos en ese estado de impiedad: "Son innumerables los que dicen en su corazon que no hay Dios, y no se avergüenzan de vomitar públicamente estas blasfemias" (2). No se debe, pues, la incredulidad á los filósofos del siglo XVIII; data de la Edad Media, y nació en el seno mismo de la Iglesia y en el tiempo de su dominacion más exclusiva. ¿Cuáles fueron las causas de esta importante revolucion?

SECCION 2.^a

CAUSAS DE LA INCREDELIDAD.

§ I.—Reaccion contra la Iglesia y la religion

N.º 1.—Reaccion contra la dominacion de la Iglesia.

En ninguna parte fué la incredulidad mayor que en Italia, precisamente al lado y bajo la influencia del que se intitulaba vicario de Dios; y esto que pasaba en la Edad Media acontece aún en nuestros días. Al escepticismo del siglo XVIII ha sucedido en todas partes la necesidad de creer, aún entre aquellos que se alejan de la religion oficial; mas en Italia, la incredulidad es, al decir de los viajeros, radical y parece incurable. Este hecho, extraño en la apariencia, se reproduce diariamente á nuestra vista: si se quiere encontrar un hombre de una impiedad llevada hasta el ateísmo, hay que buscarlo entre los que han sido educados por los jesuitas. El hecho es de una grande ense-

(1) MACHIAVELLI, *Discorsi*, t. 12.

(2) ERASMI *Adagiorum C. III, IV, Cent. I, prov. 1* (Op., tomo I, página 967).—Id., *Exomologesis* (t. V, p. 169).—*Enarratio Psalmi XIX* (t. V, p. 293).